

-Si *El tiempo entre costuras* descubrió el Protectorado Español de Marruecos, *El fuego del flamboyán* evoca magistralmente, a través de una fascinante saga familiar, el contraste entre las vidas de la Galicia profunda y su próspera emigración a la sensual Cuba de la primera mitad del siglo XX.

EL FUEGO del FLAMBOYÁN

VIRUCA YEBRA



Si El tiempo entre costuras descubrió el Protectorado Español de Marruecos, El fuego del flamboyán evoca magistralmente, a través de una fascinante saga familiar, el contraste entre las vidas de la Galicia profunda y su próspera emigración a la sensual Cuba de la primera mitad del siglo xx. En la Galicia rural y convulsa de la dictadura del general Primo de Rivera, un puñado de personajes tratan de vivir según sus propias convicciones en los días previos al advenimiento de la República. Pero llegado el momento, las circunstancias les obligarán a dejar España con destino a Cuba; los unos porque les persiguen las izquierdas, los otros porque desean darles caza las derechas. La exultante y próspera Habana de entonces supondrá un abierto contraste con la fría tierra de la que proceden. La isla es luz, sensualidad, modernidad, fortuna, ritmo y abundancia. El árbol del fuego será testigo de que la mezcla de razas y el tórrido ambiente gobiernan los sentidos.

Antonio, abogado liberal y culto, esconde un secreto guardado bajo llave durante años que, de revelarse, supondría un escándalo para la aristocracia de los años treinta. El atractivo y seductor Tino regresa a Galicia para casarse; la vida provinciana choca con su espíritu libre y combativo. Junto a ellos, cuatro mujeres excepcionales: Elisa, que conforme va cumpliendo años cobrará paulatina conciencia de su fortaleza interior; Elvira, la viva esencia de la mujer de antaño, recia, trabajadora, comprometida, capaz de matar por amor; Nélide es la sensualidad cubana, el exotismo más carnal; y Casilda encarna la rebeldía, la ruptura de moldes y ataduras sociales. Crónica de la emigración gallega a Cuba durante la Segunda República, en El fuego del flamboyán, la pasión, el abandono y el maltrato están presentes. Pero el honor, los valores y la lealtad son la esencia de esta novela coral escrita a partir

de hechos reales y basada en los testimonios de numerosos hombres y mujeres, unos famosos y otros desconocidos, que vivieron una de las épocas más emocionantes y traumáticas de nuestra historia reciente.

A mi padre, impresor en tiempos difíciles.

Galicia: Año 1930

La imprenta de Senda

La lluvia caía intensamente. Guarecida bajo un viejo y frondoso castaño, Elisa estudiaba la posibilidad de volver a casa sin mojarse en exceso. La tormenta le había pillado cuando regresaba de dejar las vacas en el prado más alto de la finca.

Aquello no pintaba bien; la cortina de agua empezaba a calar entre las hojas y ya sentía la humedad en su ropa, que desprendía un olor nada agradable a tierra, sudor y suciedad. En esos momentos era cuando soñaba con una vida diferente, llena de comodidades y príncipes reales que le hacían vivir aventuras en escenarios llenos de alegría, música y diversión.

En estas ensoñaciones estaba cuando una voz ronca, lejana y fuerte le hizo volver a la realidad.

–Me manda tu tía Elvira –gritó Jesús desde el camino encharcado que conducía a la Casa Grande.

Extrañada, acudió a su encuentro. Jesús llevaba en el brazo un mandil de lana tosca y gruesa, que le echó por la cabeza.

–Te esperan en la casa; yo voy a por las vacas.

–¿Cómo es que te han mandado a buscarme?

Jesús era el criado de la casa, un hombre al que nadie le echaba edad y que nadie recordaba desde cuándo trabajaba para los Somoza. Era uno más de la familia.

—No te entretengas, ha ocurrido algo grave; vete deprisa.

Elisa echó a correr, sin imaginar lo que le iba a deparar la vida.

Una vida que hasta entonces había transcurrido feliz, levantándose al alba, con un frío que le helaba las manos y los pies, una humedad en las paredes de su habitación que con frecuencia rezumaban agua y una luz tenue y parpadeante que emitía un candil oxidado que con anterioridad había encendido Jesús. La estancia la compartía con Laura, su hermana pequeña.

Se lavaba como los gatos en un lavabo antiguo con una jarra de pesada porcelana, a juego con la jofaina, que su tía no llenaba en exceso para que pudieran manejarla.

Antes de vestirse avisaba a Laura, para que fuera des-perezándose. La benjamina, de apenas cuatro años, era muy friolera y Elisa la ayudaba a vestirse dentro de la cama. Entrar en calor era casi imposible. Los cristales estaban empañados de escarcha y no dejaban ver el amanecer; solo algún que otro gallo madrugador anunciaba el nuevo día.

La cocina era el centro neurálgico de la casa. Desde primeras horas del día la actividad era frenética. Jesús prendía el fuego y colocaba la trébede para calentar la leche recién ordeñada, y a continuación preparaba un puchero de café recién molido, cargado y aromático. El ruido de los granos rompiéndose y crujiendo en el molinillo de madera era uno de esos sonidos familiares que se quedan registrados en la mente para siempre.

Tía Elvira, la hermana mediana de su padre, era soltera, casi solterona, delgada, de cara alargada y ojos pequeños; demasiado circunspecta y gélida para su edad, ella se encargaba de cortar la torta de maíz.

Alrededor de la mesa tazones enormes, cucharas desiguales y platos de diversos tamaños donde se iban colo-

cando jamón recién cortado, queso de vaca, miel y algún trozo de roscón que había sobrado del día anterior.

–Niña, ve a ver si tu padre ha terminado de ordeñar y tráete una jarra de leche –ordenó sin levantar la cabeza de su quehacer tía Elvira.

Cuando Elisa se aproximó a las cuadras que estaban más cerca de la casa, su padre, un hombre fuerte, alto y de sonrisa fácil, ya se acercaba con un cubo de zinc lleno de leche. Al ver a Elisa se le iluminó el semblante. Para todos era sabido que Matías sentía un cariño especial por su hija mayor.

Matías cogió a su primogénita por los hombros y la acercó a él. Juntos entraron en la cocina, que olía a sopas de pan con refrito de ajo. Era el desayuno preferido del heredero de la Casa Grande de los Somoza.

De los tres hijos de Aurora, la matriarca de la Casa Grande, Matías era con diferencia el más conocido y apreciado. Trabajador en exceso, no había semana que no fuera requerido por un vecino para ayudar en alguna labor especial; hoy una matanza, mañana una vaca que pare o un arado que se rompe.

Elisa llegó a la explanada que había delante de la casa, jadeante y chorreando. Un trasiego de gente entraba y salía por la puerta principal, que no solía utilizarse salvo en casos excepcionales, ya que siempre se usaba la que daba a la cocina.

Nadie la miraba, todos estaban demasiado ocupados para verla.

El ambiente en la casa estaba cargado; tía Elvira la miró desde una esquina de la sala de estar. La miró, y se echó a llorar.

Alguien la condujo a la habitación de sus padres. Allí, tendido en la cama, estaba su padre, rodeado de sus hermanas Laura y Elena. La pequeña la miró y, sin más, soltó:

–Papá ha muerto cuando estaba dando de comer a los terneros. Lo encontró Jesús en el establo.

Los días sucesivos fueron pasando como en una nube; solo recordaba que todos la besaban, abrazaban y lloraban al mirarla.

Su padre permaneció dos días en la casa y ella no quiso entrar a la habitación que habían habilitado como velatorio. De vez en cuando deambulaba buscando un rincón donde llorar o sentirse a solas, pero siempre había alguien que la descubría y de nuevo los lamentos de personas a las que jamás había visto.

El día del entierro amaneció muy nublado y oscuro. En el comedor se habían dispuesto platos y fuentes con comida. Según le había dicho Jesús, iban a venir personas de todos los pueblos de la comarca y había que darles algo de comer, ya que algunos vendrían caminando kilómetros desde sus aldeas y cuando se hubiera enterrado al padre, muchos de ellos regresarían a la casa para tomarse algo antes de hacer el camino de vuelta.

La abuela Aurora no había dejado de llorar desde la tarde en que su hijo Matías murió. Su mundo se había venido abajo; aquella mujer fuerte, resuelta, seria y rígida, se había transformado en un ser diminuto, frágil y algo desaliñado.

Se necesitaba ropa de luto. A las dos pequeñas se les tiñó el vestido de los domingos, a Elisa la vistieron con una falda demasiado larga y un jersey demasiado grueso, que se puso sin protestar, a pesar de que le picaba por todos sitios. Juró que jamás volvería a ponerse nada que le produjera tal picor.

Los hombres llevaban brazaletes y corbatas negras.

El velatorio se había dispuesto en la sala contigua a la cocina, se había quitado todo el mobiliario y en el centro se expuso el cuerpo sin vida de Matías. A su alrededor, numerosas sillas de muy variadas formas estaban ocupadas por mujeres enlutadas de la cabeza a los pies, que llora-

ban noche y día con pañuelos que se llevaban primero a los ojos, y luego se lo pasaban por el resto de la cara hasta llegar a la boca.

Una hora antes del entierro, empezaron a doblar las campanas. La misa de *corpore in sepulto* fue concelebrada por varios sacerdotes vestidos con casullas negras. A Elisa todo le pareció tétrico, fantasmal e interminable. Deseaba salir corriendo de allí, pero sus pies estaban anclados al suelo de madera.

Cuando regresaba andando de la iglesia, junto con toda una comitiva cansina que emitía sonidos guturales de lamentos y exclamaciones, Elisa reparó en Ignacio Vázquez, su amigo del alma, quien estaba escondido detrás de un nogal. Este le indicó que se acercara.

–Mi padre ha dicho que pronto te irás de aquí. Yo no quiero que te vayas, quiero que sepas que voy a coger un colchón de lana que está en el desván y vendrás a vivir a mi casa, pero tú no te irás.

Elisa se quedó perpleja, no entendía nada; por qué iba a tener que irse de su casa. Allí había vivido desde que nació; también su padre y sus hermanas: qué tontería era esa.

–No me voy a ir a ningún sitio –respondió Elisa casi enfadada.

Su amigo quería explicarle lo que había oído la noche anterior, cuando todos le creían dormido.

Su padre, a la sazón el cacique de la aldea, aseguró que ahora la heredera de la Casa Grande de los Somoza era Elvira.

–En estas circunstancias, es posible que las niñas tengan que irse de la Casa Grande –comentó el cacique con retranca.

De todos era sabida la poca simpatía que se profesaban Elvira y el cacique.

Elvira Somoza no era una persona que cayera bien, al menos a primera vista. Más bien producía una cierta inco-

modidad encontrártela. Era de esas personas que enseguida hacen que te pongas en guardia. Sin embargo, se le reconocía su inteligencia resolutive, su rapidez en captar los negocios y su valentía al enfrentarse a la vida.

La pequeña Elisa no volvió a pensar más en las palabras sofocadas de su amigo.

Los días que sucedieron al entierro de su padre transcurrieron en penumbra. Hacía lo que le mandaban como una autómatas, sin pensar en ello. El vacío que sentía era total.

La sonrisa de su padre, que inundaba todas las estancias de la casa, se había apagado; ya nadie cantaba por las mañanas mientras se aseaba, ni se oía el sonido machacón y frenético de las teclas de la Remington; ese ruido procedente del despacho que iba despertándola con insistencia y sin pausa.

Ahora recordaba con amargura haber protestado, sobre todo cuando era sábado y podía apurar un poco más el tiempo de sueño bajo el pesado amasijo de mantas y cobertores que la aislaban del frío.

En aquellos días, con tan solo siete años, comprendió lo importante que había sido su padre para ella. Hasta el punto de que a lo largo de toda su vida muchas de sus frases, su forma de actuar, su nobleza de espíritu y su proceder recto y honorable fueron marcando muchos de sus actos y decisiones. Durante largo tiempo, antes de lanzarse a actuar se preguntaba: ¿qué haría mi padre en este caso?

La vida en la Casa Grande continuó casi como siempre, pero ralentizada.

Elisa acudió con desgana a la sala de estar, donde tía Elvira solía pasar las tardes escuchando la radio y haciendo punto. Llevaba el pelo desordenado y lleno de briznas de paja.

Estaba en los establos jugando a tirarse desde lo alto de un montón de paja.

En esa diversión andaban cuando tía Carmen, la hermana pequeña de su padre, le avisó que la esperaban en la sala de estar.

—¡Al fin llegas!, te he mandado a buscar hace rato; tus hermanas, como siempre, han llegado las primeras —dijo Elvira sin quitar los ojos de su calceta.

Se sentó junto a sus hermanas, que apuraban su merienda en torno a la mesa camilla. Le reconfortó sentir el calor del brasero en sus rodillas y sin pensarlo dos veces se cortó un buen trozo de bizcocho de limón.

Saboreándolo estaba, cuando tía Elvira dejó su labor sobre la radio y apagándola se sentó junto a ellas.

—Niñas, mañana va a venir vuestro abuelo Antonio. Quiero que os bañéis y os pongáis trajes adecuados. Vendrá a comer y pasará el día con nosotros.

—¡Qué bien! Seguro que nos traerá cuentos nuevos —contestó la benjamina muy contenta.

—La primera en ver el Tebeo soy yo —aseguró Elena resuelta.

—Yo prefiero Pulgarcito, me gustan muchísimo las viñetas del Doctor Cataplasma y su muchacha Panchita —se apresuró a decir Laura que todavía no sabía leer.

—Bueno, bueno, sin alborotar. Portaos bien ¡eh! —respondió Elvira sin prestar mucha atención a los comentarios de sus sobrinas.

Las niñas adoraban a su abuelo materno, que vivía en Oribio, el pueblo más importante de la provincia, a unos veinte kilómetros de la finca. Antonio, un hombre todavía joven a sus cuarenta y seis años, era una de las pocas personas que las vinculaba a la familia de su fallecida madre.

Sara Álvarez, madre de las niñas, murió cuando Elisa apenas tenía cuatro años. El parto de Laura se complicó y a

consecuencia de ello estuvo varios meses postrada en cama, sin conocer a nadie; ni a su recién nacida hija, a quien amamantaba un ama de cría llegada de una aldea cercana. La oronda mujer colocaba a su propio hijo y a Laura uno en cada pecho. Era un espectáculo ver a las dos criaturas mamar a la vez de unas ubres tan copiosas.

—Ni las vacas tienen semejantes tetas —rio tía Carmen, la hermana menor de Matías.

—Por Dios, Carmen, no hagas comentarios tan vulgares delante de las niñas. ¡Con esa actitud demuestras ser una adolescente impertinente y descarada! —replicaba Elvira de mal humor.

Carmen era una joven alegre y burlona, siempre en posesión de la verdad, que sacaba de sus casillas a su hermana mayor.

El día amaneció encapotado, cubierto por nubes grises que degradaron a lo lejos hacia un blanco pálido. Las niñas estaban nerviosas porque parecía festivo. Rellenar las tinas de agua caliente fue el cometido de Jesús aquella mañana; del agua de colonia y de los vestidos de paseo se ocupó tía Carmen.

En la cocina se notaba un revuelo especial. Se estaban preparando dos platos para el almuerzo, galletas de nata hechas el día anterior, y natillas quemadas con la plancha, que tanto le gustaban al abuelo. Tampoco podía faltar el queso de vaca acompañado de membrillo. Las niñas estaban relamiéndose de solo pensar en el festín que se darían a cuenta de la visita del abuelo.

Antonio llegó en el autobús de las doce. Jesús fue a buscarle y le condujo a la casa por el camino habitual, que debido a las lluvias de los últimos días estaba enfangado de barro y salpicado de enormes charcos. Antonio llegó enfadado y con un humor de perros, ya que para no ensuciarse los bajos de los pantalones había tenido que subir-

se a las paredes de piedra que recorrían el camino y que separaban este de las fincas colindantes.

Las niñas salieron a la explanada de delante de la casa y corrieron en busca de los brazos de su abuelo, que enseguida cambió el semblante. Juntos entraron en la cocina humeante y llena de olores salivares. El almuerzo transcurrió como otras veces, repasando los acontecimientos de la aldea.

Los Vázquez, al ser los caciques y tener muy buena posición, estaban en el punto de mira; se habló de ellos con todo detalle.

—Moncho, el hijo mediano, se buscará la vida en Cuba, y al pequeño no cabe duda de que lo mandarán a estudiar. Ahora falta por ver con quién se casa Toño. Tengo entendido que le encantan las faldas —afirmó Elvira mirando a su hermana como escudriñando si en sus ojos podría adivinarse que el heredero de los Vázquez había hablado con ella de algo serio.

El abuelo Antonio vio la oportunidad para entrar de lleno en el motivo de su visita.

—La muerte de mi yerno ha dado un giro radical a esta casa, y me gustaría deciros que mi deseo es llevarme a mis nietas a vivir al pueblo conmigo; no tiene por qué ser de inmediato. Ahora la heredera es Elvira y todavía está en edad de formar una familia. Si así fuera mis nietas serían convidadas en fiesta ajena.

—Eso no puede ser visto de ese modo —protestó con poco convencimiento Elvira—, las niñas están en su casa y nadie las echa de aquí, esto también les pertenece y si quieren quedarse siempre tendrán una cama y su plato.

—No me cabe duda, Elvira, pero me gustaría criar a mis nietas, darles un hogar, que lo sientan suyo. Al fin y al cabo son las hijas de mi hija y, por tanto, también mis herederas. En la Casa Grande ya hay una heredera y ellas no lo son.

–Entiendo perfectamente tu postura y estás en tu derecho. Si quieres llevártelas no te lo impediré, pero primero, no hay prisa y segundo, quiero que ellas sepan que esta casa las vio nacer, es la casa de su padre y por tanto también su hogar.

–Me complace tu generosidad y cariño –contestó el abuelo materno de las huérfanas– pero mi decisión está tomada. Las niñas se vendrán conmigo a Oribio, ya he hablado con el colegio y estoy preparando sus habitaciones. Con el fin de que no sea una ruptura muy grande para ellas, pasarán aquí el verano.

Elisa estaba aturdida. No comprendía nada y no sabía si llorar o alegrarse; su abuelo era muy cariñoso y siempre que podía venía a verlas. Les traía regalos, les contaba cuentos y les invitaba en verano a pasar unos días con él en el pueblo.

Pero su vida estaba en la Casa Grande. En verdad, desde que había muerto su padre nadie la abrazaba como lo hacía su abuelo, nadie la mimaba, nadie le hablaba con cariño. Pero eso era normal. Tía Elvira era huraña y reservada, nada cariñosa, fría hasta no recordar cuándo le había dado un beso. Jamás le negó nada material, pero jamás le dio nada espiritual.

Cuando alguna vez le pidió que le acompañara a acostarse porque tenía miedo de subir sola las oscuras escaleras, le contestaba:

–Anda, anda, que ya eres mayorcita, ¿qué tonterías son esas?

Cuando le pedía que fuera al establo a ver el nuevo ternero recién nacido.

–¿Para qué voy a verlo?, ¿ha nacido bien?, pues eso es lo que importa.

En los meses que sucedieron a la muerte de Matías, Elisa cada noche añoraba a su padre. Añoraba como arrojándola remetía las mantas bajo el colchón y le decía que ya estaba hecha un paquetito; ella ni se movía. Laura reci-

bía el mismo trato y así, bien embutidas, les deseaba buenas noches.

Elena dormía con tía Carmen; siempre subían juntas al dormitorio; sin duda el compartir habitación les hacía tener una complicidad especial. Se podía decir que Elena, desde el primer momento de la desaparición de Matías, se unió como un caracol en su concha con Carmen y esta miraba por ella y la cuidaba como si fuera su hija. Aunque su principal ocupación era coincidir con Toño Vázquez.

El día de la despedida había llegado. De nuevo la lluvia incesante y copiosa era la protagonista de una jornada triste y apagada.

Jesús había estado preparando lo que iban a llevarse las niñas. Cargó en el carro tres maletas viejas, un saco de patatas de la última cosecha y otro lleno de otros productos de la huerta. Lo fue haciendo todo de forma automática; adoraba a las niñas, sobre todo a Elisa, y perderlas iba a suponer quedarse sin uno de los alicientes de su monótona existencia.

Elisa llevaba días deambulando por la casa. Era como si pretendiera grabar en su retina cada rincón del lugar en el que había sido tan feliz.

El día de la partida se despertó con intención de apurar las últimas horas; estaba nerviosa e intranquila. Antes del desayuno, acudió a su pequeño huerto, aquel que había plantado, cuidado y cosechado con el consejo y ayuda de su padre. Esa fue la primera vez que lloró al pensar que ya nadie iba a cuidarlo, que nadie recogería sus tomates, ni plantaría más fresas.

Le vino a la mente la imagen de su padre. Se secó las lágrimas y corrió al cuarto principal. En un cajón de la cómoda encontró el reloj de bolsillo que Matías usaba los días de fiesta y en cuyo reverso estaban grabadas sus iniciales, rebuscó en los cajones y encontró dos cajas de